

EN TORNO AL AÑO 1971, el escritor alicantino Juan Gil-Albert redactó unas páginas autobiográficas que debían servir de presentación a una amplia antología de su poesía en la colección Ocnos. No llegaron a publicarse, aunque sí se editó la selección de su obra poética, realizada por el propio autor, con el título de Fuentes de la constancia (Barcelona: Ocnos, 1972). Agradecemos al Dr. Joaquín Marco (Universidad de Barcelona) la donación a la UEB del manuscrito, que al parecer sigue inédito, y al Dr. César Simón (Universidad de Valencia) su pronta y amable respuesta a nuestras consultas.

Juan Gil-Albert

---

## Autobiografía



**F**ECHA DE NACIMIENTO: 1906, en Alcoy, ciudad industrial del interior perteneciente a la provincia de Alicante donde vivo hasta mis nueve años. Mi familia se traslada a Valencia e ingreso en el internado de los Escolapios. Los veranos los seguiré pasando en Alcoy, en el Salt, donde mi padre compró el solar de un molino viejo y construyó nuestra casa de campo. Los primeros años de mi niñez pasaba el verano, luego de la temporada de baños, en Valencia o en Alicante, en Játiva, en Mont-Sant, finca de mi abuelo materno situada a la sombra del Castillo. De allí proceden mis primeras impresiones de la vida en contacto con la naturaleza, el aroma de los jazmines, los tapices de los naranjales contemplados desde lo alto y entre los que sobresalen, como nota moruna, la esbeltez de las palmeras, el paso de los borricos acarreadores de ramaje de pino que bajaban del monte conducidos por unos hombres tocados con sombrero de pañete cuyas alas ondulantes les caían sobre el rostro protegiéndoles del sol y que entonaban con voz semibaja algún fandango triste en el silencio antiguo de las noches estrelladas, elementos todos que me configuraron indeleblemente como español y levantino. En mi colegio me convertí en el recitador de nuestras veladas literarias, por unas disposiciones natas que descubrieron en mí y que pareció que señalaban el camino de mis aficiones y, más tarde, de mi vocación definitiva. Fui un estudiante desigual, con intermitencias, de los que en el mismo curso obtienen una matrícula de honor, un notable y un suspenso. La matrícula no siempre en materias que fueran de mi gusto; dependían de factores diversos y, en gran parte, del influjo del profesor. Terminado el bachiller comencé en la Universidad estudios de Derecho y Filosofía. Por los años 24 o 25, mi padre me envió a Francia con mi profesor de francés que me dejó instalado en Tours, que pasa por ser la tierra del buen hablar galo. Aquel contacto con Francia obró sobre mí de modo decisivo, sedimentando una segunda capa formativa sobre la más profunda de mi españolidad y mi levantinismo. Recorrí el valle del Loira y me asomé a su amable paisaje, a través de las ventanas renacentistas de los Valois. Leí a Montaigne, a los poetas de la Pleyade, a Ronsard principalmente, cuya cortesanía llena de frescor y refinamiento me encantaba. Descubrí a Saint-Simon, el gran escritor-cronista de Versalles, y al introspectivo Pascal. Nada ha podido desplazarlos, sino

de mi predilección adolescente, de mi ambientación cultural. Aquel verano disfruté, también, de experiencias íntimas que ocupan en mi recuerdo un lugar eternamente verde, esos encuentros halagadores cuya fugacidad no permite que se marchiten sus gracias. Vuelto a España, mi vocación de escritor se me hizo patente. Por aquellos años y de modo prematuro, había entablado relaciones con una muchacha bonita y distinguida con la que pensaba casarme. Me desligué de ese compromiso, como de mis estudios, como si se me hubiera revelado con gran claridad, la índole especial de mi destino, lo que había en mi de irremediamente solitario, no de insociable. En esa soledad intrínseca, de índole meditativa, me he realizado, con altibajos de sufrimiento y de felicidad como es común entre los hombres, pero en la línea de una cierta apacibilidad que me ha caracterizado entre mis semejantes. Mientras tanto había leído los clásicos de nuestra raza, Cervantes, La Celestina, Santa Teresa, Fray Luis. Las Coplas de Jorge Manrique, y San Juan de la Cruz, se me ofrecieron desde el primer momento, como esa especie de urna de cristal en las que parece guardarse, como reliquia, un enigma hermético, en este caso, las destiladas excelencias del alma española, en Jorge Manrique en su núcleo castellano, en Juan de la Cruz, en cuanto a inspiración, en su vertiente oriental. Pero fueron los hombres del noventa y ocho los que iban a darme, con su ejemplo, y con la modernidad de su estilo, riele y empuje para lanzarme a andar: Unamuno, Ortega y Gasset, Azorín, Valle-Inclán, Miró, mis guías, mis maestros. No debo olvidarme del catalán Maragall que representa para mí una como serenidad equilibrada, herencia egregia la cultura mediterránea. En contrapunto con los de mi casa me llegaron los aires de fuera, el irlandés Oscar Wilde, que Ricardo Baez acababa de ofrecernos en pulcras traducciones; después los franceses, André Gide y Marcel Proust, que representaban, con la misma grandeza dos tipos de riqueza antinómica, la contención y la exhuberancia. De resultas de todo ello surgieron mis libros de neófito, en los que la influencia de mis lecturas está manifiesta, aunque denotan también el fácil arranque que para la prosa tuve siempre, más entonces que hoy, cuando la exigencia nos ha ido alejando de nuestros modelos y haciéndonos adentrar en las dificultades imprescindibles que han de acabar por configurar como quien somos al hacer emitir el sonido preciso del escritor que llevamos dentro. *La fascinación de lo irreal* fue mi primer libro, varias

narraciones preciosistas, a los que si guió un relato novelado, *Vibración de estío*, libros ambos de los que no quisiera acordarme. Los dos siguientes ofrecen ya otros méritos, uno, más clásico, de tema y de estilo, dedicado al museo del Prado: *Como pudieron ser*; otro, más contemporáneo, respondía al título de *Crónicas para servir al estudio de nuestro tiempo*, libro no exento de humor, crítico de fondo y escrito con una soltura un tanto petulante, que Cipriano Rivas-Cherif reseñó en *El Sol*, con un largo comentario que tituló "Un cronista extravagante" y que me valió una dedicatoria de Pemán llamándome "arquero de la palabra exacta". De aquellos años, del 27 al 30, data mi encuentro personal con Gabriel Miró; el literario se había producido con anterioridad y a él se debió mi deseo de conocerlo. La prosa de Miró, minuciosa, deleitada, prendida de piedras finas, obró para mí como un espejuelo cautivador; si unimos a esto que estaba dedicada a cincelar, con mano de orfebre y corazón filial, la tierra alicantina, su paisaje, sus pormenores, su intimidad, su entrañamiento, se comprenderá que me desbordara de admiración; Miró había hecho vibrar mi fibra sensible. Fue la primera gran personalidad con la que me fue dado frecuentación y trato. Más tarde, en víspera de nuestro trastorno patrio, vi una vez, en su casa recogida, pontificando en la intimidad, a Juan Ramón Jiménez, la tarde que me llevaron Ramón Gaya y Enrique Azcoaga. Ya en plena guerra, traté a don Antonio Machado, cuando vivía como refugiado en un huerto de naranjos de Rocafort, y tomaba yo un trenecito desde Valencia, para ir a recogerle su colaboración mensual en nuestra revista *Hora de España*. En cambio, nunca vi a Azorín, que, lentamente, a través de otros estilos más ricos, más brillantes o más enjundiosos, ha llegado a significar para mí con su diafanidad enigmática, el escritor más personal, sin parecerlo, y el más inimitable.

En el año 34, escribo mis primeros versos, los sonetos que con el título de *Misteriosa presencia* publicaría Altolaguirre en sus ediciones Héroe. Por aquel año tomo contacto con mi promoción literaria. Las Misiones Pedagógicas creadas por la República, fueron trayendo para Valencia, de paso para sus quehaceres misionales, en pueblos y aldeas a los que se llama hoy la generación del 36, que iban a ser por tanto mis compañeros de grupo y grandes amigos: Ramón Gaya que era ya entonces un pintor singular doblado, insólitamente, de escritor personalísimo.

Antonio Sánchez Barbudo, Enrique Azcoaga, Arturo Serrano Plaja. También vimos llegar, como conductor de sus juveniles huestes teatrales, *La Barraca*, verdaderos cómicos de la legua, a Federico García Lorca, con el que trabé amistad, vino a casa, ref sus ocurrencias pigmentadas de dramatismo andaluz, y al que vi, por última vez en Madrid -era mayo del 36- preso de una gran inquietud y como si a través de la trama gitanesca de sus órganos sensoriales, sintiera avanzar el horror que iba a arrastrarnos a todos. Los que son hoy nombres consagrados y han tenido que correr los avatares de una generación desgarrada, abandono del país y odisea del exilio, iban a compartir conmigo indignaciones, esperanzas y adversidades, muriendo unos en el destierro, separados unos de este común fuego familiar que pudo alimentarnos como hermanos y que cada cual ha tenido que consumir solitario, como una brasa, en las más apartadas latitudes. Luis Cernuda, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre. María Zambrano, Rosa Chacel, Manuel Dieste, José Bergamín, por no citar más que aquellos que, por su excepcional talento, la calidad de su obra y la atención que me prestaron, constituyen para mí el respaldo y la garantía de mi propia estimación.

Mis sonetos de *Misteriosa presencia* que Cernuda calificó de "hermosísimos, con un dejo de Góngora y Mallarmé", respondían a un género momentáneo de inspiración en el que no había de insistir; a muchos años de distancia, en el 50, la nueva serie que publicó Adonais: *Concertar es Amor*, mostraba una factura por completo distinta: lo gongorino se había ausentado dejando paso a una expresión más tersa y, por una como intención de sencillez comunicativa, más hablada. Están escritos en El Salt, a la sombra de viejos olmos, teniendo a mi alcance un laurel de hojas metálicas que si yo tenía por el árbol de Apolo no era por ello menos despojado de alguna rama por la cocinera que no veía en el más que el proveedor circunstancial que timbraba sus guisos. Coincidiendo, como dije, con *Misteriosa presencia*, salió a la luz, en 1936, a las puertas mismas de la guerra civil, los poemas del *Candente Horror*, publicados en un volumen por la revista Nueva Cultura. José Domingo, en un extenso comentario, publicado recientemente en *Insula*, dice ser el primer libro de poesía comprometida aparecido en España. También un joven hispanista holandés, Juan Lechner, ha señalado últimamente la significación de este libro cuyo contenido

poético se mantiene, según él, vigente. Durante los años de la guerra civil se hace necesario señalar la aparición de la revista *Hora de España* que, a lo largo de la contienda, sirvió de puente entre el pasado y el provenir, llenando, con su sola presencia mensual, dignamente, lo que pudo haber sido, sin ella, un bache histórico. Se fundó en mi casa, en una sala con los cristales rotos por los primeros bombardeos, estando presente, entre los mayores, Moreno Villa y Pepe Bergamín. Ocupó el cargo de secretario Sánchez Barbudo, que me cedió el puesto cuando tuvo que incorporarse a filas, turno que me llegó más tarde, cediendo yo entonces la secretaría a Emilio Prados. Fue sin duda la publicación literaria más importante de aquellos tres años -incluida la zona nacional-buscada hoy por unos y otros como valioso exponente testimonial. En el año 39, instalados en Barcelona, la revista recogió en un pequeño volumen los poemas míos que habían ido apareciendo en sus páginas, que tituló con un verso de mis *Palabras a los muertos* [aparecida en Valencia, (1968); con anterioridad (1964) la revista *La Caña gris* publica *Concierto en mi menor*]; curioso incidente, a estos poemas se les concedió el premio de poesía, instituido por el Ministerio de Instrucción Pública, por un jurado del que formaban parte María Zambrano y el académico y poeta don Enrique Díaz Canedo, fallo que fue revocado por la subsecretaría del citado ministerio por motivos que se tenía contra mí de índole enteramente extra-literaria. Resultado poco aleccionador de una costumbre, la de los premios, reducida hoy, por lo abusiva y machacona, a letra muerta.

El febrero del 39 crucé la frontera francesa formando parte del XI Cuerpo de Ejército: era el éxodo. Ibamos en grupo mis compañeros de *Hora de España*. En el atardecer de no sé qué fecha, dejamos atrás, con otros millares de hombres, españoles, desconocidos, la tierra común; estaba sentado en la plataforma de un camión de cargamento; frente a mí recuerdo, mirando alejarse la línea divisoria, a Sánchez Barbudo, tenía los ojos empañados de lágrimas. Fuimos a dar, entre gendarmes, al campo de Saint-Ciprien, unos cuarenta mil. De héroes a parias. Un intelectual francés, Jena Richard Bloch, nos reclamó a los quince días de nuestra estancia allí; a otros les quedarían años de permanencia en aquella especie de círculo dantesco. Luego de bañados y expulgados, (sic), nos encontramos instalados en una finca campestre situada en los alrededores de Poitiers, donde,



graciosamente atendidos por su dueños -Madame Jean Richard Bloch era la hermana de André Maurois, con biblioteca y discos, en medio del brotar de la primavera, entre lilas, jacintos, árboles frutales, junto a un afluente del Loire, sirviéndonos de fondo las suaves colinas coronadas de bosques herrumbrosos que comenzaban a verdear, renacimos, -estábamos en la dulce Francia-, y como los enfermos que ha superado su dolencia, nos tendimos al porvenir con la emoción un poco azarosa del convaleciente; pero lo que quedaba atrás nos había profundizado y no podría ser olvidado nunca.

Méjico nos abrió sus brazos y aceptamos sus requerimientos. El haber sido un día poderosos nos servía ahora de algo. Nunca había pasado por mí visitar esas tierras perdidas al otro lado del mar. Mi proyecto era otro, vuelto hacia el oriente, llegar a Grecia, pasando por Italia, lo que me parecía, por nacimiento y tendencia, remontar mis orígenes culturales. Sin olvidarme tampoco de lo puramente oriental que, en mi sangre levantina, se expresaba por una como languidez congénita que no evitaba la explosión circunstancial, en medio de ese aparente emperezamiento, de lo que podríamos llamar, y no solo metafóricamente, el furor berebere. Pero nuestro destino no nos suele pedir parecer y se cumple a veces contra nuestro gusto, utilizando para sus fines nuestras mismas fuerzas.

Mi estancia en Méjico exigiría una extensión que no es propia de esta rápida ojeada autobiográfica. Allí también, encontramos oriente, pero no el nuestro, el musulmán, sino el hindú, solo que no sé si con acierto o no, cristianizado. Años centrales de mi vida allí discurrieron un poco en abandono, como si se hubiera abierto repentinamente un paréntesis, y estuviéramos esperando. ¿Esperando qué? La vida no abre nunca paréntesis, los simula en todo caso, nuestros aparentes descansos, nuestras esperas, son vida también, vida que transcurre. La muerte natural de un compañero de exilio, Mariano Orgaz, pintor y arquitecto, nos advirtió de ello, nos hizo patente que, en el destierro, puede uno morir también como en su propia casa, es decir, lejos de los suyos o de lo que habíamos considerado como tal. Me unió gran amistad con Octavio Paz, hoy famoso, y con su mujer Elena. Dirigía entonces la revista *Taller* de la que fui secretario. Colaboré en el *Hijo Pródigo*, cuyo animador era otro poeta de calidad, Xavier Villaurrutia, y

también en *Letras de Méjico*, donde apareció "El Himno al Ocio", con otros poemas que encabezaban más tarde mi libro *Las Ilusiones*. Me encargaron para los estudiantes de español de una universidad norteamericana, una selección de nuestros místicos, con un prólogo. Y fui crítico de cine de *Romance*, revista fundada por un grupo joven de españoles. Pero, y sobre todo, en aquellas tierras ascendentes, surcadas por nubes luminosas sobre un cielo transparente, -estábamos a dos mil metros de altura- viví una íntima experiencia dramática sin continuidad, de las que imprimen en nuestra carne huella candente; cuando los años pasan el dolor se ha evaporado, la impresión queda. Esa será la historia que, bajo una leve capa de novelería, y uno de cuyos fragmentos acaba de publicar allí la Revista de la Universidad, escribiré, quince años después en Valencia.

En el 43, inicié un viaje por América del Sur que había de durar dos años. Estuve en Colombia, en Perú, volé sobre los Andes, aterricé en Bolivia, en cuya ciudad fronteriza, Corumbá, me asusté al sentirme a miles de kilómetros de cualquier ser conocido, no ya de los que había dejado en España sino de los mismos que habitaban este continente. Llegué a Río de Janeiro, que me detuvo seis meses; allí, hospedado por una von der Schulemburg, que había abandonado Europa para salvar a sus hijos de la demente epopeya nazi, encontré a mi antigua amiga la novelista Rosa Chacel, y conocí a Gabriela Mistral, grande, enlutada, con el pelo recogido, con algo de abadesa que ha colgado los hábitos. La poetisa brasileña Cecilia Meireles, fallecida hace poco, nos dedicó una crónica, "Dioses y semidioses", en la que se barajaba nuestros nombres unidos por la casualidad viajera. La Mistral nos inquirió, preguntándonos de dónde, precisamente, eramos. Yo tuve que pronunciar en aquellas lejanías, la palabra Alcoy y supe entonces hasta qué punto el terruño nos acompaña, indeleblemente, como nuestro nombre. Pasado este tiempo tomé en Sao-Paulo un tren que me llevó -cinco jornadas de viaje-, a Montevideo; de allí, en un barco iluminado que parecía en el puerto un simulacro, una decoración, remonté el rojizo río de la Plata, hasta Buenos Aires. Un año viví en la inmensa ciudad Porteña, cuya población, junto a los fuertemente coloreados mestizajes azteca e incaicos que acababa de vivir, se me ofreció marcadamente latinizada, gentes, que me parecían las suyas, de Barcelona o de Milán. La tónica intelectual que

reinaba allí era otra que la mejicana, más vida de relación, vida social, vida mundana, invitaciones, charlas, crítica. Pero se notaba a faltar el duende mejicano, hecho a la vez de hermetismo y de naturalidad. Todo era en Buenos Aires más urbano, menos campero; más afectado también. Durante aquel año colaboré con asiduidad en la página literaria de *La Nación*, y en la revista de Victoria Ocampo, *Sur*. Allí vieron la luz algunos de los poemas que, desde Méjico, venía escribiendo, y que la editorial Imán, hoy desaparecida, publicó el año 45, con el título de *Las Ilusiones*; libro que considero fundamental dentro de mi labor poética y que, por así decirlo, patrocinó la esposa del editor, Mariquiña del Valle Inclán. Con los fondos con que me proveyó su publicación tomé mi pasaje de regreso a Méjico. Fue una decisión que bien puede calificarse de insensata. Mi vida, profesionalmente considerada, hubiera encontrado en Buenos Aires una realización más normal. Pero Méjico me había, como si dijéramos, embrujado, y como una espina clavada en el corazón que nos duele pero que por ello mismo nos perpetua una presencia, me instaba a volver. Embarqué pues, en Febrero del 45 separándome de Máximo José Kahn, que me había acompañado en mi viaje de venida, de mis amigos Rosa Chacel y Arturo Serrano Plaja, al que había encontrado instalado allí, y a Rafael Alberti que vino a despedirme. Se cerraba, con mi regreso, lo que yo llamo mi periplo americano que describiendo un ocho perfecto nunca había entrado en mis cálculos realizar. Bajé por la ribera argentina, crucé, sin emoción, el Estrecho de Magallanes, navegué todo a lo largo del costado chileno, fondée en Valparaíso, que había representado siempre para mí el nombre ciudadano más sugeridor, volví a encontrarme en Lima, ciudad comedia y encantadora por la que, viniendo de Méjico, me había paseado como un turista que recuerda a través de las celosías de los balcones y de los barroquismos de los altares, el núcleo expansivo de su tierra lejana, y surcando las aguas de Colombia y el Ecuador, el barco que me llevaba, que era en realidad francés, regalo de los alemanes a la Argentina cuando, ocupada Francia, liquidaron su escuadra, viró reciamente a la derecha para, atravesando el canal de Panamá, cuyos complicados mecanismos de transbordo de un mar a otro mar, -del Pacífico al Atlántico-, contemplé con los otros viajeros, desde la cubierta, como muñecos indefensos metidos en un juguete magnífico, fuimos depositados por fin en el Golfo de Méjico, para

arribar, poco después a Tampico. Durante la travesía un grupo de jóvenes de distintas nacionalidades que se sentaban a mi mesa, un italiano, un argentino, un yanqui, un nicaragüense, entablaron conmigo charlas de toda índole, leían mis poemas, atendían mis observaciones, me respetaban, hicieron consciente en mí algo que hasta entonces no registré: que no era ya el joven que había salido de mi país. En *Las Ilusiones* se percibió todavía el espíritu de una juventud que, aunque teñida a veces de un claro oscuro de melancolía, se mantenía aún, como dando de sí su última prueba, lozana y expectante. A partir de entonces la luz cambió, la tarde puede ser más clara que la mañana, pero su impulso ascensional está vencido. Sócrates sucede a Píndaro, la introspección al canto.

Mi regreso a España tiene lugar en el 47. El último día de agosto llego a Madrid. Mis padres me esperaban en su casa de El Salt. En Játiva, que me recordaba mi niñez, con Mont-Sant en lo alto, -la casa y el castillo habían pasado a ser de mi madrina-, cambié de tren para tomar el de Alcoy. Sobre mi llegada y sus incidentes me he ocupado en las páginas de *La trama inextricable*. Encontré a mi cuñado, un alcoyano, doctor Aura Riera, que regía el sanatorio antituberculoso de Albacete, con un prometedor horizonte profesional, aquejado por una dolencia incurable; murió seis meses después. Luego le llegó el turno a mi padre. Tuve que hacerme cargo de los hijos de mi hermana, que vino a vivir conmigo y ocupar el puesto de mi padre presidiendo un consejo de administración. Dos posibilidades que me parecían haber apartado de mí en forma bien explícita. Cumplí como pude aunque con poca fortuna. Hay situaciones que no pueden enjuiciarse sino con un dejo de ironía, lo que no impiden que no sean amargas. No demasiado; más bien ambiguas, como el tema del último Trastámara que me gusta recordar: "agrio-dulce es reinar".

En lo esencial me acoplé, de nuevo, al ritmo de mi tierra, no de mi país, que encontré convertido en una nacionalidad extraña, medio quimérica. En la casa de Salt, que conservamos aún varios años, y por la que correteaban mis sobrinos como antes lo habíamos hecho nosotros, he escrito casi todos mis trabajos últimos y que considero la verdadera razón de mi vida o, más exactamente, lo que ha dado a mi vida más que una finalidad, un sentido. La (...) surgida,

como un manantial, de modo espontáneo, a la vez que continua, a la sombra de mis viejos olmos, teniendo enfrente la mota oscura del llamado "Ull del Moro", y a mis pies un panorama de bancales de olivos y de pequeñas huertas, salpicado de masías y arboledas, recorrido por sendas y caminos que le dan un carácter coloquial, con el espartano Serpis de cauce seco y pedregoso, y el todo, lleno de un aire fino y alto, embalsamado por la sierra de Mariola que el cantar popular pregona "tota a floretes". Allí, repito, escribí *Concierto en mi Menor*, la *Trama inextricable* y tantos trabajos más en prosa o verso. Obra todo lo modesta que se quiera, puede que no tanto, en la que se me muestra a mí mismo una inapelable condición bondadosa que reclama, y trata de extraer, del mundo de los hombres, conjugado con la presencia siempre misteriosa del mundo natural, fervor, goce, comprensión comunicabilidad y heroísmo; no heroísmo bélico, sino del otro, el heroísmo de vivir en limpio, oponiéndonos en todo momento, a pesar de nuestras flaquezas, a todo lo que la vida contiene de malvado, de tortuoso, de acomodaticio y de falaz.

Se ha dicho que todo poeta tiene, como correlativa, una buena prosa, -piénsese en Juan Ramón, en Baudelaire, en Hölderlin, en Bécquer. Pero en mi caso prosa y poesía se integran en un todo que podríamos llamar indehiciente, o que se completan como dos hermanos mellizos que pareciéndose tanto se les reconociera por el timbrado de la voz; dicen lo mismo, quieren lo mismo, van a dar al mismo mar; el uno con más arrebató, el otro con más parsimonia. Trabajo el mío en gran parte inédito, debido a que las circunstancias de mi vida y las de mi país, -las circunstancias y una como oposición mútua de tendencia-, han dificultado la normal aparición

cronológica de lo que ha ido manando al compás de mi desarrollo personal y del tiempo histórico. Entre estos textos no dados a conocer, se cuentan *Valentín*, (Homenaje a William Shakespeare), *Herakles* (sobre una manera de ser), *Tobeyo* (Homenaje a Méjico), *Los Arcángeles* (Boceto para un cuadro de costumbres). Todos ellos integran un mundo que han de llevar un apartado común: *Bajo el signo de Sócrates*. Fuera de él: *España* (Empeño de una ficción), *El retrato Oval* (evocación de unos desconocidos: Los Romanov), *Testimonio* y *Los días están contados* (Dos comentarios españoles). Y las *Notas*, que cubren veintitantos blocs, algunas de las cuales, con el título de *Breviarum Vitae* se han publicado en Méjico y en *Cuadernos Hispanoamericanos*. Un fragmento de la *Trama Inextricable*, el de la meditación sobre la muerte, apareció, con anterioridad, en *Revista de occidente*. He puesto prólogo al *Oscar Wilde* de la editorial Fomento de Cultura, y al *Cocteau* de la editorial Aguilar. Acabo de terminar una biografía-relámpago de Maiakovski, para el volumen de sus prosas y versos que anuncia la editorial Difusora de Cultura, S.A.

Los años han pasado irreparables, pero "Mis cosechas", como yo he gustado llamarlas, atestiguan que, mientras tanto, sol y lluvia, en su conjunta acción productiva, no me encontraron ni distraído ni descuidado, acaso, en momentos, ocioso. Hay quien, vistiéndose de monstruo, se dispone a abordar al luna. Para él están dispuestos hoy los honores máximos; justificado. Otro, en cambio que, sempiterno, riega su rosal. Ocupación a la vez grata e ingrata. Porque sin él, ¿cómo se seguiría manteniendo el vínculo del espacio, del espíritu si se quiere, con la vieja tierra madre?